

000027

TELEGRAMAS

del Excmo. Sr. Encargado del Poder Ejecutivo y del Sr. Rector de la Universidad Central.

TELEGRAMA DE GABINETE.

Quito, 30 de noviembre de 1931.

Señor Rector de la Universidad

Guayaquil.

Sin duda por ausencia de esta ciudad ayer, solo recibí anoche su atento telegrama de invitación para mañana, día de la Universidad de Guayaquil. Deploro intimamente que estrechez del tiempo y mis atenciones aquí no me permitan concurrir personalmente; y volver aunque fuere por breves instantes a sentirme universitario al igual de quienes tan dignamente dirigen y enseñan hoy en esa querida e ilustre Universidad. Agrego al mío el homenaje que se tributará a los distinguidos profesores jubilados Dres. Guerrero, Falconi, García Drouet y Fuentes Robles y el aplauso más sincero, por el Busto en que Coronel recobrará nueva y constante vida en la memoria de alumnos y profesores de ese claustro. Agradezco profundamente sus palabras de cordial benevolencia, y pido al señor Gobernador de esa Provincia se sirva representarme en la sesión solemne tan significativa de estímulo y cultura, en la Universidad que Ud. acertadamente preside. Gloria a los que han merecido recuerdo y homenaje tan solemnes.

A. BAQUERIZO MORENO.

TELEGRAMA del Sr. Rector de la Universidad Central.

Rector Universidad. — Guayaquil.

En el sexagésimo cuarto aniversario de la fundación de esa ilustre Universidad, acertadamente dirigida por usted, me es

muy grato, a nombre de la Central y mío, rendirle cumplido homenaje de adhesión y simpatía, y presentarle fervientes votos, porque sigan crecientes su progreso y brillo ya merecidamente adquirido, y porque tan docto centro cultural superior, que tantos hombres eminentes ha dado a la Patria, continúe siendo laboratorio científico donde se forjen, en acertada evolución, los ideales, aspiraciones y anhelos de la juventud estudiosa, que constituye la más preciada fuerza actual y la más fundada esperanza del mañana.

Muy atentamente,

DR. AURELIO MOSQUERA NARVÁEZ.

Rector de la Universidad Central
y Vicepresidente de la Cámara de Diputados.

CONCURSOS.

De acuerdo con lo resuelto por el Consejo Universitario de Guayaquil, se convoca dos concursos, de conformidad con las bases siguientes:

1º—Podrán participar en los concursos los estudiantes de cualquiera Universidad ecuatoriana;

2º—Los trabajos deberán ser presentados en la Secretaría de la Universidad de Guayaquil, hasta el 30 de Setiembre de 1932;

3º—Para los estudiantes de Jurisprudencia el tema sobre el cual deben versar los trabajos presentados al concurso, es el siguiente:

“¿Le conviene al Ecuador sostener su moneda convertible en oro, restringiendo el crédito conforme a las leyes que actualmente rigen al Banco Central, o es preferible, para restablecer la normalidad en los negocios, modificar el sistema, aunque para ello fuere necesario suspender la convertibilidad?”

4º—Para los estudiantes de Medicina, Cirugía, Farmacia y Odontología, el tema es libre, sobre cualquiera de las materias comprendidas dentro de los estudios correspondientes a dicha Facultad;

5º—Cada trabajo debe venir firmado con pseudónimo y acompañado de un sobre cerrado, en cuya cubierta esté escrito el pseudónimo y que contenga el nombre del autor.

Guayaquil, diciembre 29 de 1931.

El Secretario General de la Universidad,

ALBERTO L. RIGAIL.

El doctor José Récamier.

Hace poco, fué publicado en París, un lujoso opúsculo, titulado: ENTREGA DE UNA MEDALLA AL DOCTOR JOSÉ RÉCAMIER, CIRUJANO—JEFE DEL HOSPITAL SAN MIGUEL. Contiene la relación de la emocionante fiesta celebrada el día 28 de Junio de 1931 en ese humanitario Establecimiento parisiense, cuya alma, desde 1888, ha sido aquel meritisimo cuanto modesto filántropo que es también un distinguido escritor y un intrépido navegante.

Para tributar al Dr. José Récamier muy merecido homenaje de admiración, aprecio y gratitud, después de 43 años de ejercer su altruista actividad profesional en ese asilo del sufrimiento y de la indigencia, se había constituido un Comité de Honor compuesto de notabilidades de la Academia de Medicina, de la Facultad de Medicina de París, del Instituto de Francia y del Instituto Pasteur, de Catedráticos de la Sorbona, de colegas y amigos del Dr. Récamier, de sus compañeros y discípulos del Hospital San Miguel.

Encabezaban el Comité S. M. la Reina Amelia de Portugal, S. A. R. la Duquesa de Vendome, presidenta del Comité de Patronato del hospital, el glorioso Mariscal Pétain, el Rdo. Padre Verdier, Superior General de la Congregación de Lazaristas, el profesor Chauffard, ex-Presidente de la Academia de Medicina, el Conde de Bonneval, Presidente de la Asociación francesa de Caballeros de Malta, el Dr. Juan Charcot, miembro del Instituto de Francia, a quienes, por extremada bondad, fué agregado el que escribe este artículo, menos por su carácter mencionado de antiguo Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Francia que por haber sido condiscípulo del Dr. Récamier, su compañero en la Escuela de Medicina de París y ser siempre su fiel amigo en el largo período de 57 años.

El folleto ostenta el facsímile de la medalla de oro ofrendada, —de la cual me ufano en poseer muy hermosa reproducción. Es obra del notable escultor Thénot. En su anverso se destaca, en relieve, la noble fisonomía del Dr. Récamier y, en el reverso, el célebre yate BÉLGICA del Duque de Orléans, en el cual,

acompañándole abnegadamente, viajó por Groenlandia (1905,) por el mar de Kara (1907,) llegó a la Tierra de Francisco José (1909,) al Turkestán (1912,) a Kenia (1921-22,) al Sudán (1925) y a Dinder (1926.) El Dr. Récamier viajó también por América. Estuvo en La Habana (1890) con el Conde de París y en Río de Janeiro, navegando en el yate del acaudalado industrial Sr. Pierre Lebaudy.

En la medalla constan las fechas de la fundación del Hospital San Miguel (1890,) del Asilo San Vicente (1899) y de la Am-bulancia de los Caballeros de Malta que el Dr. Récamier dirigió en el frente de la guerra (1914-1918.) Terminan las inscripciones con este expresivo lema: RECTUS AMICUS ERIS.

En el folleto están reproducidos los discursos pronunciados aquel memorable día y escuchados por selecta numerosa concurrencia en la que sobresalía la augusta presencia de la ex-Reina de Portugal. En todas esas manifestaciones oratorias no hubo emulación de grandilocuencia sino derroche de conceptos sinceros, justos y cariñosos. Unos con rigurosos datos históricos, otros esmaltando sus pensamientos encomiásticos con flores del ingenio, todos lograron el propósito de enaltecer los relevantes méritos del festejado con sólo dejar hablar el corazón, rememorando procedimientos y servicios, los que procuraré resumir aquí para dar a conocer en el Ecuador, cual se lo merece, al eminente varón de quien me honro en ser colega y amigo.



El actual doctor José Récamier no es el primer médico y cirujano de igual nombre y apellido que haya llegado a envidiable puesto culminante en Francia. Otro doctor José Récamier, que vivió de 1774 a 1852, conquistó fama mundial en el ejercicio de la humanitaria profesión y a él se le asemeja en lo científico, moral y religioso, hasta físicamente, quien hoy, agasajado por sus compañeros y bendecido por muchos asistidos indigentes, pudiera, menos modesto, enorgullecerse de ser también el dignísimo nieto de uno de los más grandes Facultativos del siglo XIX.

El primer doctor Récamier principió su carrera científica durante la gran revolución francesa. Fué cirujano a bordo del buque de guerra, CA IRA, el cual, después de dos días de lucha heroica, sucumbió. Al invadirlo, los ingleses, descubriéndose ante los innúmeros muertos y heridos que cubrían el puente, contemplaron a José Récamier, impertérrito, atendiendo de hinojos a

un moribundo Después de haber experimentado no pocos percances, Récamier, en 1803, fué nombrado médico suplente del Hotel-Dieu de París y, en 1806, ascendió a médico-jefe, de edad de 32 años. En 1821, incorporado a la Facultad de Medicina de París, desempeñó la cátedra de clínica que trasladó al Hotel-Dieu. Había sido ya nombrado miembro de la Academia de medicina. Colmado de honores oficiales, pero negándose, — porque también él era modesto, — a aceptar el nombramiento de médico del rey y el título de Barón, obtuvo la cátedra de medicina en el Colegio de Francia, a pesar de tener por competidores a los ya famosos doctores Pariset y Magendie. Venciendo en odiosa campaña, promovida para atajarle el paso, ocupó la cátedra que más después ilustraron como él, entre otros sabios, Claude Bernard y Brown-Séguard.

El excelso abuelo del actual Dr. José Récamier desplegó durante quince años su actividad profesional en la enseñanza de la terapéutica. Fué el iniciador en Francia del empleo del agua fría en las fiebres de carácter tífico, método practicado en la antigüedad, desde el tiempo de Augusto, pero relegado al olvido; fué igualmente el preconizador del empleo de la esencia de terebentina en el tratamiento de la ciática y del amizcle en las afecciones nerviosas. El indicó las ventajas de la electroterapia. Su mayor gloria, sin embargo, la obtuvo como cirujano y especialmente como inventor de la ginecología contemporánea, pues antes de él apenas si existía rudimentariamente. En 1801, creó el espéculo, merced al cual prosiguió con buen éxito sus atrevidas intervenciones quirúrgicas, muy combatidas por sus más ilustrados colegas, sobre el cuello uterino. El fué el primero que en Francia osó resecarlo como igualmente fué el primero que practicó una histerectomía vaginal en 1825, operación que perfeccionó en 1829, creando en todas sus fases la técnica de esa operación con la cual logró salvar a una mujer que estaba roída por un cáncer uterino. Este hecho causó sensación en los centros científicos de aquellos tiempos en que la asepsia era desconocida; más, no se dieron por convencidos de la eficacia de la intervención operatoria ni grandes profesores como Dupuytren, Larrey, Serres, quienes influyeron en el seno de la Academia de medicina contra Récamier. Motivaron así el retraso de medio siglo en la aplicación del método de este innovador en las afecciones uterinas cancerosas, adoptado por los cirujanos en Alemania, Inglaterra, Italia, y Suiza, pero solamente rehabilitado en Francia por el ilustre profesor Péan en 1882.

El primero de los Récamier fué así mismo el que reveló la posibilidad de extirpar quistes del ovario, recurriendo a la laparotomía, y el que se anticipó a tratar las fiebres puerperales con inyecciones intra-uterinas, rechazando el procedimiento de la sangría.

En un breve artículo, no es posible enumerar todo cuanto la cirugía contemporánea, especialmente en ginecología, debe al inmortal clínico del Hotel-Dieu, a quien sabios extranjeros han prodigado más alabanzas que los franceses. Entre los ingleses, el Dr. John Tilt ha dicho que el profesor Récamier es "una de las glorias de la humanidad y uno de esos temperamentos hermosos que, a intervalos raros, brillan en la historia de la medicina."

La revolución de 1830 puso un término a la carrera profesional de Récamier en el Colegio de Francia, porque, espíritu independiente y corazón leal, se negó a juramentarse como adicto a la nueva dinastía. Sus convicciones monárquicas eran inquebrantables en el sentido de la legitimidad. Se expatrió, pero conservó su cátedra en el Hotel-Dieu, cargo para el cual no le era preciso variar de opinión política y en 1837 regresó a París para seguir dictando lecciones clínicas hasta que sonó la hora de la jubilación por haber cumplido 70 años de edad. Falleció casi repentinamente el 23 de Junio de 1852, habiéndose desposado tres veces. En su última esposa tuvo dos hijos: José, que murió habiendo ascendido a General en el ejército francés y Etienne, fundador, al final del segundo Imperio, del periódico liberal católico LE FRANCAIS. Este fué el padre, muy distinguido y estimado, del actual doctor José Récamier, cuyos méritos intento bosquejar aquí rápidamente; lo fué igualmente de la santa Hermana de la Caridad, Sor Récamier, directora de las casas de socorro de la Compañía ferroviaria de Orléans, condecorada con la cruz de la Legión de Honor en 1929 y fallecida en 1931, muy sentida, pero dejando perenne su memoria en una obra filantrópica considerable.



De tan insigne abuelo refleja intensamente el alma, el corazón y el cerebro el segundo doctor José Récamier a quien el Sr. Bourdel, presidente del Consejo de administración del Hospital San Miguel, llamó, con sobrada razón, en su alocución aquel solemne día, "el padre" del benéfico Establecimiento.

Después de haber sido brillante interno de los hospitales de

París, prosector en la Escuela de Anatomía, y de haber presentado muy lucida tesis de doctorado, el Dr. Récamier entró como cirujano en el entonces incipiente Hospital San Miguel. Desde aquella fecha, 1888, se propuso y consiguió transformar el hospitalario Establecimiento, animándolo infatigablemente hasta que mereciera ser citado como uno de los más perfeccionados, de los más accesibles y benéficos de la capital de Francia. En su piadoso anhelo, supo conseguir ser secundado por miembros de su familia, por amigos y otros caritativos donadores. La Duquesa de Vendome consintió en cooperar al progreso del Hospital con el carácter de Presidenta del Comité de Patronato, porque hay que saber que el Dr. Récamier era igualmente el médico del padre de la Princesa, Jefe de la Casa Real de Francia, el Conde de París, como, a raíz de la muerte de este Pretendiente a la Corona, lo fué de su hijo el Duque de Orléans.

El Dr. Récamier, en 1889, realizó su sueño de edificar el Asilo San Vicente, dependencia del Hospital San Miguel, en el cual serían admitidas y atendidas hasta su muerte las enfermas de cáncer uterino inoperable. Tan humanitario pensamiento debió obedecer en parte a la influencia atávica, porque el compasivo abuelo había ya dado preferente atención a las infelices roídas por aquel implacable mal. Fué un verdadero apostolado el del Dr. Récamier para conseguir asegurar los medios de existencia y el desarrollo de ambas fundaciones, en las que prestaban abnegados servicios, entre enfermeras laicas, Hermanas de la Caridad, sobresaliendo Sor Colardot, Superiora del hospital, por sus excepcionales cualidades de autoridad, orden y energía, de administradora experta, de 1905 a 1927, y de contribuyente con nuevos auxilios pecuniarios otorgados con liberalidad por familias amigas de ella que secundaron los esfuerzos filantrópicos de las hermanas y del suegro del Dr. Récamier.

En 1908, fué edificado un nuevo Pabellón, bajo la invocación de San Andrés, para la instalación de un laboratorio de radioterapia y se logró comprar una casa vecina para el perfeccionamiento de la esterilización. El Asilo Santa Elena se irguió a su vez y alojó un depósito mortuario. En 1924, la Sociedad inmobiliaria privada que había sido humanitariamente constituida, fué oficialmente reconocida de utilidad pública. Inter tanto, granjeándose nuevas valiosas simpatías, el Dr. Récamier logró ver alzarse un Pabellón de Cirugía, de cuatro pisos. La admirable historia de la labor efectuada en 36 años de perseverantes esfuerzos está relatada en el libro que el Dr. Récamier

publicó en 1929 titulado "El Hospital San Miguel." Aunque el autor atenúe la importancia de su participación moral y material ¿quién puede negar que tan útil obra de asistencia pública fué ideada, organizada y llevada a cabo por la voluntad tenaz, incansable, del Dr. Récamier quien, después de aunar capitales de deudos y extraños, los administró con celo y prudencia de cada instante hasta dejar coronada espléndidamente la sublime empresa? Y es que, como lo ha dicho uno de sus imparciales admiradores, Récamier posee en alto grado, con maneras sencillas, las bellas cualidades de un corazón que atrae, de una inteligencia que impone su autoridad suavemente y de una actividad que no desmaya altruistamente en pro de la caridad.

Filántropo prestigioso y administrador ejemplar, Récamier no vale menos como médico y cirujano. Merece ciertamente, aunque él no convenga en ello, ser llamado a su vez ilustre sabio. En cierta ocasión que, en la dedicatoria de un soneto, le llamé, no por lisonja, sino por íntima convicción, mi "ilustre" colega, me suplicó, hasta conseguirlo, que suprimiera ese calificativo, agregando: "el Récamier ilustre ha sido únicamente mi abuelo." Modestia sincera y también atávica por lo que ya se ha leído del genial profesor Récamier. Idéntica a la mía es, sin embargo, la opinión de cuantos conocen al actual José Récamier en sus diversas manifestaciones de gran médico, hábil cirujano, escritor elegante, esposo y padre inmejorable, patriota ardiente que en el frente de la guerra prestó espontáneamente sus servicios profesionales en la ambulancia organizada por él y que sufrió estoicamente la pérdida en el campo de honor de uno de sus cuatro hijos que, al par que su yerno y su hermano, defendían el suelo natal invadido. Hay que admirar también al Dr. Récamier bajo el aspecto de fiel y abnegado compañero de exploraciones marítimas del Duque de Orléans, a quien, después de su fallecimiento, ha dedicado un monumento de afecto y gratitud en la hermosa obra extensa titulada: "L'Âme de l'Exilé" (El Alma del Desterrado,) sin que el respetuoso cariño excluya la imparcialidad. Pronto dará a luz otra obra importante que nos dirá la flora y la fauna estudiadas en esas famosas excursiones en el yate "Bélgica" y de las que bastante nos dejó conocer ya en la muy aplaudida conferencia que presencié hace muchos años en el palacio de la Sociedad de Geografía de París.

Como cirujano, el actual Dr. Récamier ha puesto en práctica los métodos operatorios del eximio profesor de clínica del

Hotel-Dieu; pero huelga decirlo, haciéndolos beneficiar de los progresos que a la ciencia médica han proporcionado la asepsia y los nuevos instrumentos quirúrgicos. Ha experimentado predilección, si puedo expresarme así, por las intervenciones operatorias practicadas abdominalmente y en la cavidad uterina; mas, así como en política tiene bien arraigadas sus convicciones legitimistas y en religión las católicas, en cirugía no se siente menos conservador. No es de los que afirman, sobre todo tratándose del cáncer, que la ginecología debe ser forzosamente operatoria. Prefiere a operar lo inoperable ser buen enfermero y prolongar la existencia de las cancerosas uterinas, aplicando el curetaje y la cauterización ignea.

El Dr. Récamier ha practicado infinidad de veces la colpouterectomía. En todas sus operaciones, especialmente en la dilatación necesitada por cierta fisura, recordando al abuelo, ha seguido su método y procedido con rítmica lentitud, lo que le procuraba el buen éxito que no obtienen los que emplean la manera violenta.

Tal vez el mayor título de Récamier a la gratitud de la humanidad que sufre y a la gloria en el cuerpo médico de sabios franceses sea la de haberse convertido en el "buen Samaritano" para con las infelices cancerosas en una época en la cual, desconocidos aún los beneficios del radio, esas enfermas de un mal uterino incurable eran rechazadas de todos los hospitales y asilos. Récamier las acogió en el Asilo San Vicente, especialmente construido por él para ellas, donde, no pudiendo salvarlas, las trata misericordiosamente, las alivia, manejando acertadamente la morfina, las limpia de sus fongosidades ulcerosas, las consuela, sonriéndoles con esa su habitual apacibilidad de espíritu benévolo, humanitario, sincero, que es una de las características de un corazón providencial.

Durante la guerra, en su ambulancia del frente, operó a innúmeros *poilus*, salvando a muchos. Aún hoy, retirado del servicio activo del Hospital San Miguel, a pesar de sus setenta años y del reuma deformante que le ha torcido los dedos de ambas manos, vuelve a veces a su antiguo servicio de cirugía donde le ha substituído su dignísimo hijo el Dr. Jacques Récamier, que sigue brillantemente las huellas paternas y las del bisabuelo. Allí, si se le requiere, empuña el bisturí y extirpa un apéndice ileocecal con firme pulso, juvenil celo científico, presurosa calma y buen éxito.

La contestación del Dr. José Récamier, el día de la entrega

de la medalla, a quienes le expresaron justicieros sentimientos de admiración y aprecio, fué un modelo de discreción y modestia. Con el acento de la sinceridad, exteriorizó los sentimientos que conmovidamente experimentaba, manifestando que no creía que su labor mereciera tan espléndida recompensa. En su discurso, de estilo claro y suelto, reinaron la "bonhomie" y la franqueza, con simpáticos rasgos humorísticos de su agudo ingenio, cuya sal saborearon sin duda a menudo las augustas personas que le honraron con su estima y amistad.

Entre las divertidas anécdotas de su larga vida que jovialmente evocó transcribiré sólo la siguiente: "Hay, —dijo,— un Cabo Récamier al noroeste de Groenlandia. Es un hermoso Cabo de basalto negro que cae a plomo sobre el mar de hielo y está coronado de nieve. El Duque de Orléans me lo hizo elegir a la que llegamos con el yate "Bélgica" en 1905. Confieso que estaba muy ufano con mi Cabo; pero, al leer la narración de exploradores daneses que, posteriormente, han levantado un mapa exacto de esa costa, noté que aprobaban que el Príncipe hubiese dado a ese magnífico promontorio el nombre de la hermosa Julieta Récamier."

El error proviene de que el cirujano-jefe del Hospital San Miguel, de muy distinguida alcurnia, puede vanagloriarse no sólo de ser nieto del gran profesor de clínica del siglo XIX sino también de contar entre sus ascendientes paternos a esa prima, Julieta Récamier, que fué una de las mujeres más cautivantes de la época de la Restauración en Francia, célebre por su ingenio como por su belleza. Reunía en su salón de l'Abbaye-au-Bois la más brillante sociedad y, en los últimos años de su vida (1774-1849,) siempre hermosa, fué en vano requerida en matrimonio por el excelso Chateaubriand que no reparaba en sus muchos inviernos y achaques.

El Dr. José Récamier es miembro de la renombrada Sociedad de Cirugía que lo eligió prefiriéndolo a notables postulantes. Todos saben en Francia que él no ha aspirado a figurar en puestos culminantes académicos ni ha solicitado distinciones honoríficas, agradeciendo sin embargo las que le han sido otorgadas y entre ellas la Legión de Honor.

Terminaré este débil testimonio de admiración, aprecio y amistad, corroborando la veracidad de la opinión del Dr. Charcot quien ha expresado que el actual Dr. José Récamier "es de aquellos que pueden decir que han ido siempre en la vi-

da por camino recto, pensando más en el prójimo que en sí mismo, sin otro guía que el deber, sin otra regla que la bondad, la caridad, la virtud, sin otra ley que la conciencia."

VICTOR M. RENDÓN.

Niza, 1931.